

Detrás de un golpe

Víctor Hugo Rotaheche



Capítulo 1

Detrás de un golpe

Por Víctor Hugo Rotaheche

-Che negro, los fideos se están pegando-comentó Oscar desde la cocina, mientras sostenía un cucharón medio viejo-

-Dejalos. Ellos tendrán sus problemas-contestó Enrique sentado en el comedor, bebiendo un vaso de vino, como haciendo tiempo complementario, esperando el platito o la olla que su amigo traería para él; tanpreciado y tan esperado, como un cinturón de la CMB, sólo para él, el campeón.

-No. En serio te digo, mirá como se pusieron los hijos de su madre. Parecen esa barrabrava... ¿Cómo se llama? ¿La 12? Así están mirá.

-A ver-Enrique se acercó para observar el utensilio que llevaba años de cocciones y estofados, intentó no ver el oxido y la vejez-Ah si Tenés razón che. Pero ráspala un poquito, sale enseguida. Aparte la olla no es tan vieja, apenas debe tener unos ochenta años.

-Podría ponerme a raspar la olla, pero me va a llevar tiempo; ¿Comiendo cosas así se puede conseguir una salud de hierro?

-No me jodás y andá a aprender a cocinar, haceme el favor-dijo Enrique en un intento por volver a la cocina-

-¿Cómo? ¡Ja! ¿Ahora la culpa la tengo yo?-Oscar suele perder la paciencia muy rápido, sus gritos perforan las pequeñas paredes del departamento- ¡Vos me dijiste que los fideos no necesitaban agua! ¡Hacete cargo hijo de tu madre!

-¿Y que querías que hiciera? ¡Y decí hijo de puta! Ni siquiera sabés putear... además no me hubieses hecho caso, te hubieses hecho el sordo.

-Y Dale con culparme;-rojo de furia, a Oscar se le asoma una venita en la frente pronta a estallar-Ya está viejo, estamos peleando por una boludez... es una olla de mierda; Lo que tenés que hacer es cambiarla, y se terminó.

-¿Vos estás loco no?-volvió a decir Enrique, que ahora bebía otro vaso de vino y se limpiaba los labios con el reverso de la mano- Esa "olla de mierda" como vos decís, es una herencia que me dejaron mis viejos. Ellos

la tenían mucho antes de que yo naciera, fue el regalo de mi papá cuando se conoció con la que sería la mujer de su vida.

-¿Una olla le regaló?-

-Dejame terminar-continuó Enrique-Lo que quería mi vieja, era que descubriera el placer de la cocina casera; con esta humilde olla, se hacía los mejores guisos de la historia. Tenía un sabor...

-A oxido y porquería-acotó Oscar, mientras encendía un pucho que pendía de su boca-

-¿Cómo?-preguntó Enrique apuntando con el mentón a su amigo, que reía sarcásticamente-

-A oxido y porquería; no mejor dicho, a oxido y pijotería. Porque conociéndote como te conozco, sé que sos un pijotero de lo peor. Preferís comer aluminio todos los días antes que comprarte una cacerola como la gente. ¿O no es así?

-Estás hablando cualquier cosa; ¿Vos te pensás que con las peleas que gano me alcanza para vivir? Estás completamente equivocado hermano; es como decía mi viejo, "meás afuera del tarro", o sino...

-Ahí está: ¿Ves?-interrumpió Oscar mientras exhalaba humo en forma cuadrada y rectangular hacia el techo-Ese, tú viejo te hizo pedazos la poca buena vida que tenías. Si habrá sido amarrete tu viejo...

-¡Pará loco!-gritó Enrique empujando a su amigo, como incitándolo a que levantara los puños-Mirá que mi viejo a vos te mató el hambre miles de veces; eras un miembro más de la familia. ¿O te olvidaste acaso? ¿Cuándo comíamos yogures sentados en la vereda? Malagradecido.

-No, claro que me acuerdo. Y esos "yogurts" que vos tanto anhelas, sólo son matices de algún que otro recuerdo elaborado por vos al ver la televisión; añorando desvirtualizar ese instante y volverlo factible a la medida de la realidad misma, esa con la cual soñaste siempre.

-¿Eh?-preguntó Enrique, una mueca le cruzó la frente, no había entendido un carajo-

-¡Que es todo mentira! Es cierto que comíamos yogurt... ¡pero era uno solo! ¡Uno solo para los dos! Así de amarrete era tu viejo, compraba un postrecito para los dos. Te repito si Querés: ¡Para los dos!-repitió Oscar, golpeando la mesa de manera fulminante, de sus labios salía el humo del cigarrillo como de un tren fuera de control-

-Sí ya sé, ya sé... -dijo Enrique- ¡Pero no grites! ¡En esta casa no se grita!
¿O ves algún sordo acá vos? ¿iEh!?

Capítulo 2

Pero esta vez no hubo respuesta alguna; Oscar se había recostado en un pequeño silloncito de la sala, y ni siquiera se había dado cuenta de que en el calor de la discusión, había llegado a esa parte del departamento. Su amigo apenas atino a pasarse la mano por el cabello desparramado, bufando de furia y de malhumor. Oscar había pensado responderle la pregunta anterior cuando vio pasar al sordo Carlos frente a la ventana, pero pensó que solo empeoraría las cosas. Conocía demasiado bien a su amigo, y a su falta de paciencia. Por su parte Enrique insultaba con la mirada, puteaba para sus adentros, y a pesar que el "temita de la olla" lo había encabronado, se sentía extraño de no haber levantado los puños. No porque el lazo de la amistad se lo impidiese, sino porque trataba de mantener la discreción y la madurez que representaba para él el boxeo; quería respetar los tiempos de la calle y del cuadrilátero.

-¿Sabés lo que pasa?-agregó Enrique, rompiendo el silencio-Vos te hacés el intelectual como los pajeros esos de la otra cuadra; esos boludos que tienen nada mejor que hacer y le dicen cómo vivir a los demás.

-No Enrique. Yo dije lo de los fideos, pero te lo dije de onda. Como amigos.

-¿De onda? ¿Cómo amigos?-volvió a repetir el muchacho frunciendo el ceño-me hiciste pelota con lo que decías todo el rato, y ahora me decís que lo que hiciste lo hiciste de onda. ¡Dejate de joder! ¡No me hinchés más las pelotas! ¿Me escuchaste amigo? ¡No-me-hinchés-más!

-Tranquilizate "man", yo no quería ofenderte. Lo único que quería era aclararte que todas tus costumbres y rituales no se adaptan al ambiente de las relaciones sociales, ya que interfieren en dichos lazos para destruirlos negativamente. Va a llegar al día en todas tus figuras afectivas se van a venir abajo solamente por una insignificante pelea barrial.

-Otra vez con lo mismo. Como te gusta joder, queriendo parecer un intelectual; ya me tenés podrido-dijo Enrique desparramándose el cabello una vez más-Vos y los pelotudos esos que se la pasan mandándose mensajitos de texto a minas que nos les dan bolilla. ¿Sabés qué? ¡Comprate un reloj porque no te van a dar la hora!

-No te calentés che, no es para tanto. Te va a dar un ataque de ira un día de estos si seguís así, pará un poco. Calma amigo, bajá un cambio-Oscar volvía a usar su voz calmada, en especial cuando trataba de hacerse el filósofo como su profesor de Sociología Maximiliano Masquijo.-Y no te la agarrés con mis amigos que son tipos piolas, y no joden a nadie; son

medios raros sí, pero no joden a nadie.

-Ajá mirá vos. "Esos sí son tus amigos". ¿A esos pelotudos no le criticás nada no? En cambio a mí me decís de todo. Que soy amarrete, pijotero, calentón, bolsillos cosidos; de mi viejo no me quiero imaginar lo que decís. Claro...ahora caigo, si vos antes no eras así. Pero te empezaste a juntar con los giles esos y la embarraste. Te lavaron el cerebro y te pusieron en contra mía. ¿No? Estoy seguro que así fue.

-No Enrique. Yo empecé a reunirme con ellos por el laburo que hacen; no es que me voy a retirar del boxeo o algo parecido. Con los muchachos, mi mente se expande a otros conocimientos-explicó Oscar tocándose la cabeza con los cinco dedos de la mano-veo el mundo con otros ojos. Y este tema de la olla, es un temita lindo para tratar. Porque elementos como estos, dejan al descubierto problemas sociales como pueden llegar a ser la falta de dinero.

-Como te gusta joder-respondió Enrique riéndose sin ganas-¿y te tuviste que empezar a juntar con esos para darte cuenta que a mí no me queda un "sope" partido por el medio? ¿O lo viste en alguna esfera mágica que ve el futuro? ¿Eh? ¿Qué Querés hacer? ¿Encontrar la paz mundial, salvar las ballenas, que Rastellini no le tome parcial a los del profesorado? A ver: ¿Qué carajo Querés hacer? Contestame.

-No quiero que te mueras-agregó más serio Oscar-porque si seguís comiendo de esa "porquería" vas a morir intoxicado cualquier día de estos. Los intestinos te van quedar perforados por los pedazos de cuarzo; imaginate si un día te despertás y te duele la panza. Puede empezar así de la nada, y cuando quieras acordarte: adiós mundo cruel.

-No me importa-dijo Enrique meneando la cabeza-Es mi vida, yo la manejo como quiero, a mí nadie me dice como tengo que comer. ¿A vos sí? Bueno, allá vos. No hay que meterse en cosas como estas viejo; yo no digo-aclaró luego más calmado-que no tengas amigos, o que no salgas a caminar, pero no me jodas.

-¿Cómo es eso?-dudó Oscar- Me retás porque no querés que me meta en tu vida, y recién me dijiste "que yo había cambiado cuando me junté con mis nuevos amigos y que no haga esto y aquello"; realmente sos muy contradictorio. Decís una cosa, luego la borrás y decís otra totalmente diferente. ¿Es o no es así?

-No sé, no me hinchés-dijo Enrique con una mano en la frente, como a punto de dormirse-

-¿Cómo "no sé"? A ver, analicemos; todo empezó cuando se pegaron los fideos. ¿No? Bueno, a los minutos siguientes te dije que compraras una

olla nueva, nada más. Y me puteaste re mal.

-¿Qué otra cosa querías que hiciera? Hablaste mal de mi viejo-agregó el púgil-

-Ya lo sé, y estuviste bien en defenderlo; pero entre toda esta puteada, vos agarraste mis insultos, los amasaste, confeccionaste y me los arrojaste como un "cross a la mandíbula", y eso me mató.

-¿Ah sí? Te pregunto yo-agregó Enrique retomándole el ritmo a la conversación- ya que estamos tan analistas. ¿Cómo me habré sentido yo cuando cambiaste mi amistad por la de los pajeros aquellos? ¿Eh?

-Ah no-sonrió Oscar arrugando la nariz-Es otra cosa.

-¡Es lo mismo Oscarcito!-señaló apuntando la mesa-Porque lo que vos hiciste también me hirió y mucho. A ver: Hoy me viniste a visitar ¿Verdad? ¿Pero hace cuantos meses que no venís? Vos sabés muy bien porqué, porque andás con los giles esos. Bien que te maté el hambre hijo de puta, cuando venías todos los días a casa.

-Eso más bien lo hacía de lastima-dijo el muchacho-como no tenías amigos, me ofrecía para darte una mano en el área de "socialización".

-Dejate de Joder, si a vos la amistad no te interesó nunca. Capaz que ahora sí, pero no creo. Sí antes venías a llenarte la panza acá, con esa ollita te hacía los mejores ñoquis, si te chupabas los dedos.

-Bueno, es verdad. Pero a comer venía dos o tres veces; esa olla está tan vieja, que no quería sacarme una muela comiendo alguno de tus experimentos.

-¿experimentos?-volvió a decir Enrique, con los dedos tamborileaba la mesan cada vez más nervioso-Te quejás de lleno desagradecido. Ahora que tenés repleto el buche, hablás mal de mí. ¿Con quién? Con los intelectuales seguro.

-No. Nosotros hablamos pero de cosas más importantes. No de vos.

-¡Ah! ¿Yo no fui importante para vos? ¿Yo que te alimenté durante cinco largos años con la misma olla?

-Raro, no me intoxicué-titubeó por lo bajo Oscar-

¿Qué?-dijo Enrique-

-No, nada-volvió a titubear el muchacho-

-Vos dijiste algo, yo te alcancé a escuchar-repitió Enrique-

-No, te pareció a vos-dijo el muchacho rascándose la cabeza-

-Bueno. No importa lo que hayas dicho, seguís siendo un ingrato.

-Pará, te vuelvo a decir lo mismo: bajá un cambio, poné primera y hablemos como personas civilizadas.

-iCivilizadas las pelotas! Escuchame bien flaco; este lío lo armaste vos, así que ahora lo vas a tener que terminar. Yo soy pacifista, pero igual te re cago a trompadas, buscá rápido una solución porque sino no respondo de mí.

-La única solución es...

-Matándonos a trompadas en el ring-interrumpió Enrique, golpeando el puño contra la mesa-

-iNo! iHay salidas más racionales!

-Tenés julepe vos, y yo también debo confesarlo tengo miedo.

-¿De Boxear?

-No, tengo miedo de pegarte muy fuerte y matarte.

-Salí fanfarrón-dijo Oscar levantando una mano en el aire-

-Salí vos, si esta es mi casa-gritó Enrique-

-¿Sabés qué? Me voy. Y la pelea la hacemos en dos semanas, eso si nuestros managers no nos cagan a pedos.

-No nos van a decir nada; Si los viejos esos buscan guita, esto les va a venir caído del cielo-dijo Enrique pasándose la lengua por la boca-

-Vos te vas a caer, y vas a ir al cielo-dijo Oscar mientras apuntaba con el dedo a su amigo;-Acordate lo que te digo.

Capítulo 3

Al salir el portazo se hizo sentir en todo el departamento. Como si la casa se fuese a caer, quedando en pie solo y abatido, el madero viejo y agonizante de la puerta. Enrique veía por la ventana a su ex amigo caminando apresuradamente, dando pequeños trotes, livianos pero rápidos; al verlo causaba risa, ya que parecía una caricatura animada vieja. Enrique había vuelto a tomar la olla para observarla, los fideos apretados al fondo del recipiente parecían decirle que le pidiera disculpas a su amigo; le daban ganas de ir a buscarlo, lavarle los platos, las ollas, cualquier tarea domestica, pero temió que Oscar lo contratara como sirviente cama adentro. Mientras revolvía la olla se dijo a sí mismo: "Que lastima. Me tomé como una hora para hacer el guiso este, y ahora además de pegarse se enfría; pero le pego una recalentada y me lo como yo solo, que se joda Oscar."

El momento de la calentura parecía habersele pasado; Enrique colocaba la olla en la hornalla, y se repetía una y otra vez: "Que lastima".

Las dos semanas pasaron volando; Enrique se pasó todo ese tiempo mirando películas de "Rocky Balboa"; un entrenamiento riguroso para él ya que le salía un ojo de la cara gastar todos esos Dvds en la tienda de alquileres. De Oscar lo único que sabía era que no tenía televisión, cosa que le hacía difícil para afrontar un entrenamiento teórico para antes de la disputa. Treinta horas se había tomado Enrique, desde su flamante 14 pulgadas, para hacer sus entrenamientos mentales, luego de eso haría los ejercicios prácticos en casa de su entrenador; que básicamente eran cortar el césped, sacar a pasear al perro, pagar la luz y el gas, hacer las compras, cocinar, comprar el diario, lavar la ropa, pintar la casa, lustrar zapatos, asear las habitaciones, y también golpear la bolsa de arena. Según José Rodríguez su entrenador, cada una de estas habilidades elevadas al máximo potencial le darían a su pupilo las dotes psicológicas necesarias para no perder la cabeza a la hora de la pelea. De Oscar se sabía muy poco; salía a correr de vez en cuando, pero se pasaba la mayoría del tiempo leyendo historietas de Nippur de Lagash, o hablando con sus amigos intelectuales; a pesar de eso tenía el suficiente físico como para bancarse una pelea, era como el Peter Parker del boxeo, culto y tosco.

Cuando llegó el gran día, el salón comunitario se colmó de personas; era un gimnasio demasiado pequeño, y nadie se quería perder la pelea. Algunos se sentaban a upa, con tal de poder ver lo que era para muchos el combate del siglo. Dentro de los vestuarios se sentía esa tensión;

Enrique bailoteaba para las cámaras, daba saltos, perreaba y meneaba, se daba el gusto de sentirse confiado. A Oscar no le gustaba mostrarse, era tan tímido como QUINO y las cámaras lo ponían colorado como chino con vergüenza. Así que lo único que hacía era hablar para las radios o las cámaras apagadas.

Cuando llegó la hora exacta, y los dos gladiadores modernos cruzaron los pasillos que separaban los camerinos del cuadrilátero, se cantó el himno nacional; nada más que una mera formalidad, como para señalar que los que se iban a cargar a trompadas eran argentinos. Minutos después del canto, Enrique y Oscar estaban junto al árbitro, quién desde el principio fue contundente.

-Miren muchachos, yo no soy arbitro, estoy haciendo una "changa"-dijo rascándose la nariz-Así que peleen como ustedes quieran... ah, y no se peguen bajo el cinturón.

Los jóvenes obedecieron afirmando con la cabeza, cuando sonó la campana se dispusieron a pelear sin ningún pensamiento que pudiera nublar su mente, ni su condición de luchadores. Un trote ligero de ambos fue el inicio, para ambientar la escena y ver como el público ahora en silencio, gozaba de aquel espectáculo del coliseo moderno.

Oscar lanzó la primera trompada, justa directa, le rompió el labio inferior a Enrique; ya se estaba terminando el precalentamiento. Un hilo de sangre pareció salirle de la boca, el relator no cabía dentro de sí.

-Piña va, piña viene, estos muchachos se entretienen; hay sangre en el cuadrilátero, porque los de la carnicería se olvidaron de limpiar cuando vinieron a carnear...-comentó el locutor, quedándose sin aire-

El Round terminó con los dos dándose muy duro; el público se regodeaba, vitoreaba por uno y otro; el segundo asalto comenzaba, y había muchos golpes que repartir.

Venían ambos con las manos hundidas en los bolsillos de sus camperas, caminando apresuradamente por el frío que les hacía arder las orejas, bufando oxígeno vaporizado como humo de cigarrillo. Desde cuerdas atrás se extendía la caminata, el silencio acompañaba la helada de la mañana, cuando uno de los dos habló rompiendo ambos elementos.

-¿Quién ganó anoche? ¿Oscar López o Enrique Carelli?-preguntó el joven

mientras trataba de calentar sus manos frotándolas una con la otra-

-Terminó en empate-dijo el joven repitiendo la misma acción que el anterior, pero con más énfasis y gracia-

-¿en empate?

-Sí, justo cuando Enrique le pegó flor de trompada a Oscar, le dio un ataque en el estomago dicen, y cayeron fulminados en la lona con la boca abierta como pescados; a los dos les salía una espuma rara de los protectores.

-Que cosa más rara-dijo el primero-

-Sí, por eso yo no boxeo. Porque me matan a los dos segundos.

Ambos rieron, y siguieron su camino.

FIN